

14 - LA EUROPA EXPANSIVA E IMPERIAL

El declive de los viejos modelos imperialistas

El modelo colonial de la Antigüedad, del cual los fenicios o los griegos fueron sus más afamados representantes, fue rebasado y englobado por el modelo imperial romano. No bastaba tener colonias agrícolas o comerciales, sino que era preciso, para la mejor explotación de los territorios, una conquista, un dominio sobre un amplio territorio, y el mantenimiento de un poder organizado, es decir, un imperio.

De la misma forma, el modelo de la expansión europea por el mundo en la Edad Moderna fue inicialmente colonial, pero en cuanto las monarquías del viejo continente tuvieron oportunidad, establecieron el máximo poder sobre los territorios a los que habían llegado sus colonos. El turno de llegada seguía un orden preciso, con escasas variantes. Primero desembarcaban los descubridores, exploradores y aventureros; a continuación les seguían los comerciantes y los buscadores de riquezas minerales; muy pronto aparecían los soldados y, a veces casi simultáneamente, los misioneros, los predicadores o las órdenes religiosas y, por último, los funcionarios. Todos contribuían a lo mismo, a la implantación del modelo cultural metropolitano sobre los territorios coloniales y los pueblos que los habitaban.

Naturalmente, y desde el principio, existieron diferencias entre la forma de colonizar entre unas naciones europeas y otras, particularmente entre el modelo anglosajón y el modelo hispano. Y a menudo se ha pensado que estas diferencias tienen que ver con la idiosincrasia de ambos pueblos. Se presenta, como prueba de la disparidad, el diferente resultado de la colonización de la Norteamérica anglosajona y de Latinoamérica. En la primera el éxito económico, en la segunda el mestizaje étnico y cultural. Obviamente, la mentalidad colectiva y los valores religiosos tuvieron mucho que ver en estas diferencias de estilo colonizador, así como en las consecuencias para los países colonizados. Pero más decisivas resultaron las condiciones concretas de los lugares a donde llegaron los colonos y el dominio europeo. Si los españoles se mezclaron fue porque los primeros objetivos de la colonización se centraron en la conquista militar, justificada por la cristianización previo permiso papal, y en la utilización de la numerosa mano de obra, además de que la primera oleada colonizadora se componía fundamentalmente de varones (aventureros, soldados, religiosos). Los ingleses, en cambio, enviaron allí a familias de colonos, algunos de ellos disidentes religiosos, que se ocuparon de cultivar zonas no muy pobladas, desplazando a los indígenas y formando comunidades que intentaron imitar los modelos organizativos europeos. Es decir, mucho más que una forma de ser inmanente a los diferentes pueblos de

Europa, fue la estructura de la producción de los colonos recién llegados a América y las condiciones físicas y humanas que se encontraron lo que determinó el estilo colonizador y los resultados a largo plazo. Los mismos ingleses, en cambio, actuaron en la India de modo radicalmente diferente, y su presencia tuvo unas consecuencias completamente distintas a los Estados Unidos, Australia o Sudáfrica.

Por ello, sería complejo explicar por este camino el éxito económico de unos y el atraso de otros, ya que los logros modernizadores y el desarrollo económico tienen que ver más con la evolución posterior de los acontecimientos que con el propio hecho colonizador (aunque alguna relación existe, naturalmente. Por ejemplo, España dificultó las relaciones comerciales entre sus colonias que pusieran en peligro su propio comercio metropolitano, situación que también tuvieron que superar las colonias inglesas de Norteamérica, lo que será una de las causas de la Guerra de Secesión americana).

Pese a todas estas matizaciones, el modelo español de colonización había quedado anticuado por un conjunto de razones, todas ellas relacionadas con el ámbito económico. Las colonias españolas no resultaban rentables para el conjunto de la metrópoli. Sí podían generar substanciosos beneficios para una pequeña oligarquía, que controlaba la producción minera, la explotación agraria, el comercio, el transporte y la (escasa) producción en España, siempre en connivencia con funcionarios venales. Pero los gastos originados en el conjunto del Estado, en el aparato militar fundamentalmente, no compensaban los ingresos, a pesar de los intentos reformistas y racionalizadores de los borbones dieciochescos.

El atraso de la industria en España hacía imposible la exportación verdadera de productos manufacturados, que simplemente se reexportaban, en el mejor de los casos, procedentes del resto de Europa.

Los criollos, las elites locales, además de verse marginados por una administración ineficaz y corrupta, se sentían más conformes con los mejores precios del contrabando inglés que con el comercio legal español, y como éste sólo se debilitaba en caso de guerra, provocaron una guerra tras otra hasta conseguir la independencia (a comienzos del siglo XIX), aunque muy pronto, al fracasar los intentos de formar una gran nación hispanoamericana, cayeron en las garras del capitalismo anglosajón.

Si la primera oleada expansiva de Europa, la que tuvo que ver con los descubrimientos geográficos de comienzos de la Edad Moderna, había estado ligada a la idea religiosa, a los avances en la navegación y a la fortaleza de unos Estados capaces de gestionar bajo su dominio grandes territorios, la segunda ola estará relacionada con los países que habían realizado una eficaz industrialización, se basaba en el lucro de los burgueses y en las buenas inversiones de los capitales excedentes y el Estado no pudo sino respaldar, con su armamento y su administración, un capitalismo expansivo del cual obtenía su principal respaldo en el interior y un gran prestigio ante otros Estados europeos.

La expansión colonial e imperial de Europa en la era industrial

En 1830, los imperios coloniales de los países europeos eran menos extensos de lo que habían sido en el siglo XVII (sólo tenían envergadura considerable en Asia). Y sin embargo, por entonces podríamos situar el punto de partida del vertiginoso avance del imperialismo europeo contemporáneo, que tomó posesión del mundo a razón de 560.000 km. al año entre 1800 y 1878. En un principio, este imperialismo adoptaría un carácter comercial, después vendría la exportación masiva de capitales y, por último, se afianzaría ese dominio económico con la presencia militar y política de la metrópoli sobre amplios territorios de todos los continentes que quedarían bajo tutela o dominio efectivo.

La caída de los viejos imperios coincidió, pues, con el renacer del imperialismo de la era industrial, capitaneado por Gran Bretaña y seguido muy de cerca por otras potencias europeas que emulaban al Reino Unido en su carrera en la industrialización y en el control económico y político del mundo.

Antes de 1870 algunos historiadores hablan de simple expansión económica, pero después de esa fecha se puede hablar con propiedad, según ellos, de imperialismo propiamente dicho, es decir, dominio político y militar, anexión oficial. Esta visión, con ser algo cuestionable, pues siempre existieron tendencias expansionistas en las potencias europeas, sí tiene algo de certero, pues los Estados de Europa occidental intervienen militarmente mucho más, de hecho, a partir de entonces, si bien el argumento es válido fundamentalmente para África, más que para América o para extremo oriente. Además, a partir de la década de los 70 del siglo XIX, otras potencias europeas, no estrictamente marítimas, como Alemania, Bélgica o Italia se incorporan a la carrera imperialista, se exportan los capitales masivamente y aumenta el papel del ejército en las zonas colonizadas, creando un ambiente internacional en el que los territorios extraeuropeos ocupan un papel central en la diplomacia y en los tratados de alianzas, también en el sentido de la dignidad nacional. Cualquier debilidad en este terreno se pagaba con una redistribución, por lo que poco a poco se impuso la *Realpolitik*, término acuñado por Bismarck para hacer referencia a la fuerza militar necesaria para mantener el poder en un determinado territorio.

Y sin embargo, qué contradictorio con el espíritu de unos Estados como los de la Europa de la época, que proclamaban en sus constituciones y en sus manifiestos políticos la igualdad de derechos de todos los seres humanos, y sin embargo menospreciaban a los no europeos, en primer lugar en su fuero interno y cuando se producía (o se produce) el contacto, y en un terreno más amplio podía llegar hasta el punto de aplastar el menor intento de autogobierno que perjudicase sus intereses económicos. Lo verdaderamente sagrado eran los beneficios de las empresas coloniales, y para mantenerlos se pasó por encima de todos los principios solemnemente declarados. Por ello se hace preciso estudiar qué fue lo que sucedió realmente, ya que del fenómeno del imperialismo se han dado multitud de interpretaciones.

Teorías del imperialismo

El ejemplo de la decadencia de España a pesar de que poseía el mayor imperio colonial de la Edad Moderna, convenció a los europeos de principios del siglo XIX de que el mantenimiento de extensas colonias era costoso y ruinoso para la nación. Por ello, cuando irrumpe el fenómeno imperial de nuevo, surgen diversas teorías para explicar unos hechos que desde la mentalidad liberal no eran aceptables en los principios ni aconsejables por sus resultados económicos.

La economía ante todo

Siempre desde la perspectiva eurocéntrica, las primeras teorías que intentan explicar el imperialismo lo hacen acudiendo a las necesidades económicas de Europa occidental. Para estos autores, los Estados europeos necesitaban anexionarse territorios para mantener su industria y su crecimiento económico (mercados seguros, materias primas...). El progresivo proteccionismo de las naciones europeas, es decir, los apoyos a la industria nacional bien por vía de control arancelario a los productos manufacturados importados, bien mediante ayudas y subvenciones, ponían en entredicho el librecambismo propugnado por las naciones industrializadas fuertes, interesadas en vender sus productos al menor precio. Pero la misma Inglaterra no dudó en proteger su propia industria con las medidas más proteccionistas del momento. Este ambiente de protección y de cierre efectivo de fronteras obligaba a todos a buscar mercados nuevos fuera del continente, mercados seguros que se llegarían a garantizar con la fuerza de las armas y del control político ante el menor contratiempo que sufrieran las compañías coloniales. El colonialismo de rostro librecambista cedió el paso a la imagen imperialista y militar, aunque sus objetivos, económicos esencialmente, eran los mismos, según estos autores.

En una segunda fase explicativa, de argumentos más refinados, Hobson expuso el núcleo de su caracterización del imperialismo, que se basaba en la necesidad de Europa de exportar los excedentes de capital, especialmente de los países más industrializados. A partir de su estudio, Lenin formuló la necesidad de que el capitalismo se convirtiera en imperialismo, precisamente para asegurar la vuelta aumentada de esos capitales exportados. El mantenimiento de los capitales dentro del país, es decir, la redistribución de beneficios entre todos los grupos sociales, sólo podía provocar un aumento de los salarios y un reequilibrio de fuerzas en el interior de la sociedad, es decir, un verdadero cambio social, por el que no pasaba la burguesía conservadora del momento.

Según los autores que defienden la primacía de las cuestiones económicas en la formación del imperialismo, la intervención política sólo se producía cuando los conflictos que generaban las empresas y la actividad económica de los europeos en las zonas colonizadas exigía que los gobiernos y los ejércitos actuaran, no antes, y éstos se resistían a tomar estas medidas, por costosas e inseguras.

En favor de este conjunto de teorías que podríamos llamar economicistas, tendrían que aportarse los contundentes datos de avance económico del momento, sobre todo a partir

de 1870, y en particular las tablas de la exportación y la importación de la época, en las que se aprecia un vertiginoso aumento del comercio exterior entre los países europeos y los de África o Asia.

Comercio británico (en libras esterlinas al valor de la época)

<i>Exportaciones a:</i>	<i>1854</i>	<i>1864</i>	<i>1880</i>
Costa occidental *	820.941	668.185	1.558.908
Senegal	9.141	7.462	54.544
Fernando Poo	67.045	19.005	8.429
Costa de Oro	134.885	134.142	502.223
Gambia	75.307	45.496	388.654
Sierra Leona	130.814	180.013	
TOTAL	1.238.133	1.054.303	2.512.691

<i>Importaciones de:</i>	<i>1854</i>	<i>1864</i>	<i>1880</i>
Costa occidental *	1.528.896	1.037.925	1.890.599
Senegal	401	---	6.119
Fernando Poo	125.801	26.248	13.923
Costa de Oro	71.253	198.806	621.284
Gambia	28.002	41.720	157.964
Sierra Leona	153.559	54.860	
TOTAL	1.907.912	1.359.559	2.689.889

* Excluyendo las posesiones británicas, francesas y españolas.

Fuente: D. Fieldhouse: *Economía e imperio. La expansión de Europa 1830-1914*.

El poder y después lo demás

Un segundo grupo de explicaciones se basaron en la importancia que comenzaron a tener las colonias desde el punto de vista político. Según los autores que las sostienen, los Estados europeos (menos Inglaterra pero más Francia, Alemania e Italia) buscaron el prestigio o la seguridad política antes (y a veces en contra) que la riqueza de sus ciudadanos. La expansión se produciría algunas veces únicamente para evitar que la potencia competidora conquistase unos territorios que, por otra parte, eran inútiles para el Estado imperialista. Cada expansión, cada victoria ante indígenas o extranjeros, suponía una prueba de la superioridad de la propia nación, siempre dentro de un concepto

pseudodarwinista o spenceriano de las relaciones entre las culturas (de las razas como por entonces se decía), según el cual sólo sobreviven los más aptos.

Dentro de este grupo podríamos incluir aquellas explicaciones en las que el recurso al poder político se daba por otros factores no estrictamente económicos, como por ejemplo la cuestión demográfica o la colonización europea en Ultramar. Para sopesar adecuadamente el argumento es necesario recordar que el continente vivía por entonces la mayor explosión demográfica de su historia, la fase más virulenta de su crecimiento natural consistente en una natalidad aún muy alta y una mortalidad baja, por efecto de los avances médicos. La presión demográfica, que ya se había manifestado en el éxodo rural, provocaba en la opinión pública, y por tanto en la política, un estado de opinión favorable a que los poderes públicos interviniesen para garantizar la seguridad de los colonos emigrantes europeos. Un factor más, sin duda, pero muy a tener en cuenta, sobre todo en lo que respecta a la historia de las mentalidades.

Visiones desde la periferia

Desde una perspectiva menos eurocéntrica o, mejor dicho, si atendemos a qué pasaba por entonces en los países de la periferia, se pueden entender un poco mejor aquellos procesos sociales y económicos que condujeron al imperialismo. Lo que puede apreciarse en la segunda mitad del siglo XIX es que los países a los que nos referimos estaban sumidos en una crisis generalizada. ¿En qué consistía esa crisis? En esencia, en que las viejas fuerzas sociales y políticas eran incapaces de gobernarlos. Y Europa tenía mucho que ver en ello. Nunca se había dado tanto contacto entre Europa y dichos países, nunca habían surcado sus caminos tantos europeos, comerciantes, inversores, colonos emigrantes, turistas, exploradores... nunca la diferencia de poder entre los Estados europeos y los de la periferia había sido mayor.

Al vincularse al mercado internacional, los productos agrícolas y las materias primas de los países periféricos habían experimentado una importante subida de precios. Por ese camino, poco a poco empeoraron las condiciones de una parte importante de la población indígena, hasta llegar a la ruina de pequeños campesinos y artesanos, con la consiguiente proletarianización de grandes masas de población, aumento del paro, la delincuencia, rebeliones, etc.

Cuando las condiciones de los Estados indígenas dejaron de garantizar el libre desarrollo y expansión de las empresas europeas o donde la competencia entre potencias colonizadoras era excesiva para asegurar los beneficios, entonces allí se producía el consiguiente “reajuste” en los gobiernos coloniales, a través de la presión diplomática primero, después el acuerdo comercial o el tratado económico, y si éstos no eran suficientes, mediante el protectorado o, en caso extremo pero frecuente, mediante la anexión oficial. Casi siempre el origen de los conflictos provenía de la presencia de los europeos y de sus empresas en esas zonas, lo que desequilibraba el viejo orden local. La búsqueda de un nuevo equilibrio conducía a los gobiernos indígenas a llegar a estrechos

acuerdos con un determinado Estado europeo (en forma de monopolios, acuerdos comerciales privilegiados e incluso protectorados, como ya hemos dicho) pero llegó un momento en que la presión militar (con la presencia de buques de guerra) o la simple anexión al territorio imperial se convirtieron en el recurso más inmediato, a pesar de los problemas que generaba posteriormente. En cualquier caso, el papel activo de la Europa industrial en todo el mundo fue el factor decisivo para la formación del imperialismo decimonónico.

Esta perspectiva “periférica” tiene muy en cuenta, pues, la actitud agresiva de la Europa del momento, aunque puedan darse distintas interpretaciones multicausales: factores, religiosos, demográficos, sociales, conflictos internos,... contribuyeron a que la potencia europea interviniera en el exterior hasta llegar a la conquista de un territorio. Pero no olvidemos el papel de imán que las colonias ejercieron sobre Europa, en primer lugar para sus habitantes, por las posibilidades económicas que a los ojos de los futuros colonos tenían estas tierras “vírgenes”, o así se consideraban desde Europa occidental, pero también para superar las crisis periódicas que las empresas, y también el propio sistema capitalista europeo, sufrían cada ciertos años.

El imperialismo cultural europeo

Las consecuencias de estos factores de fondo no se harían esperar: la cultura europea marcaría el grado máximo de su predominio en el mundo, un verdadero imperialismo cultural que no ha cedido desde entonces, sino que ha encontrado nuevas vías de asimilación de los impulsos creativos de la periferia, para reconvertirlos en nuevas recetas para la expansión de cultura occidental, no ya exclusivamente europea.

En la segunda mitad del siglo XIX los europeos se sentían orgullosos de su papel en el mundo, particularmente cuando viajaban a los países “menos civilizados”. Se sentían imbuidos de un papel cuasirreligioso: transmitir los beneficios de la civilización a pueblos que aún no conocían la máquina de vapor, el ferrocarril o el telégrafo. Aún era demasiado pronto para la autocrítica, algo de lo cual podremos ver en la clase siguiente.

Por otra parte, Europa volvió a encontrarse en profundidad con la enorme riqueza cultural del mundo, a la que *a priori* despreciaba. Muchos quedaron fascinados, y después de sus viajes les fue difícil olvidar las memorias de la India, África, Indochina o el Pacífico. A la postre, Europa asimiló lo que pudo de tantas aportaciones culturales extraeuropeas. No obstante, cabría plantearse si después de tanta asimilación, lo que queda de lo europeo podría designarse como tal, o simplemente si el imperialismo, y de modo más evidente el imperialismo cultural occidental no está interesado por el contenido de la cultura que se transmite, sino simplemente por el hecho del dominio, de la imposición de unas determinadas manifestaciones de las que sigue obteniendo una rentabilidad inmediata, desprovistas en absoluto de un horizonte concreto, salvo el propio beneficio a corto plazo.

El nuevo reparto colonial de finales del siglo XIX

La gran expansión que experimentaron los imperios coloniales europeos en la segunda mitad del siglo XIX estaba abocada a verse detenida bruscamente por el choque de unas potencias con otras. La mejora en los transportes, especialmente desde la apertura del canal de Suez y, al comenzar el siglo XX, el de Panamá, había reducido las distancias en el mundo. Ya no eran los ochenta días que imaginó Julio Verne en una de sus famosas novelas, sino que la realidad muy pronto superó a la fantasía: el mundo se había quedado pequeño, y muchos territorios que hasta ese momento eran marginales o exóticos, se habían convertido en zonas estratégicas por su situación o por su riqueza potencial, y los que estaban en manos, al menos nominalmente, de las viejas potencias coloniales, como España y Portugal, suscitaban las ambiciones expansionistas de otras potencias que se hallaban en plena expansión imperialista, como Inglaterra, Alemania, Japón o los Estados Unidos, naciones que sí serán capaces de explotar las inagotables fuentes de riqueza y comercio colonial de esos puntos remotos.

La redistribución colonial que tiene lugar en el último cuarto de siglo, pero sobre todo en la década de 1890, afectó no sólo a España y Portugal, sino a otros imperios de la época, fruto de una forma nada sutil de entender las relaciones internacionales, nacida del congreso de Berlín de 1885: se trataba de la actualización de la ley del más fuerte en el plano de las relaciones internacionales.

Portugal con su crisis del *Ultimátum* de 1890, que frenó en seco los intentos lusos de conectar sus colonias de Angola y Mozambique, al chocar con el proyecto inglés de unir El Cairo con El Cabo; Japón en Shimonosheki en 1895; Italia en Adwa en 1896, son ejemplos de golpes que recibieron algunos imperios y de los que no se libraron la propia corona británica (en Guayana-Venezuela ante Estados Unidos, 1896) ni Francia (en Fashoda ante Inglaterra, 1898, también intentando lograr la unión territorial de colonias dispersas en África). España recibiría su ración de "*big stick policy*" en 1898 en Filipinas y Santiago de Cuba, pero este golpe "no aceptado" (pues fue necesario llegar a una larga guerra) hará más cruenta la redistribución colonial que en otros casos.

Filipinas es tal vez el lugar donde se hacía más evidente, en el último cuarto del siglo XIX, la decadencia del imperialismo español y el peligro ante las amenazas de otras potencias más vigorosas con intereses en el entorno. El concepto naciones vivas frente a naciones moribundas (*Living - Dying*), utilizado por Lord Salisbury en su famoso discurso del 4 de mayo de 1898 y por otros gobernantes británicos, tiene una aplicación muy adecuada en Filipinas para explicar lo que sucede con la soberanía española en sus últimos momentos. Algunos autores actuales siguen utilizando una terminología análoga, especialmente válida en aspectos militares, como Miguel Alonso Baquer, que habla de potencias debilitadas frente a potencias emergentes.

La posición de España en el Pacífico se vio agravada por la neutralidad que mantuvieron casi todos los gobiernos de la Restauración, especialmente los presididos por Cánovas. El "recogimiento" era nuestra débil versión del "espléndido aislamiento" de que hicieron gala, durante algún tiempo, los británicos. La neutralidad pretendía evitar peligros

innecesarios, pero en la práctica era, a su vez, muy peligrosa para un Estado como el español que poseía territorios tan dispersos y tan apetecibles para los nuevos imperialismos. Según el gran historiador José María Jover, esta neutralidad era fruto del pesimismo y la conciencia de inferioridad, y resultó efectivamente suicida cuando fue necesario el apoyo internacional, pues sólo proporcionó aislamiento. Por su parte, existía una alianza, nada velada, entre algunas potencias industriales, en el reparto de los restos del Imperio español. La “colaboración” entre Inglaterra y Estados Unidos es uno de los aspectos menos conocidos de la guerra que enfrentó a España y al gigante norteamericano por el dominio de Cuba y Filipinas.

En efecto, cuando el gobierno español envió una escuadra de refuerzo a Filipinas para sofocar la rebelión, fue el poder del Reino Unido lo que detuvo a estos buques en Suez, con el pretexto de la neutralidad, lo que unido a las amenazas estadounidenses de atacar la costa de la Península, obligó a los barcos de guerra españoles a abandonar para siempre los archipiélagos del Pacífico.

Alemania también estaba interesada en el reparto. La irrupción de esta nueva gran potencia europea fue el gran fenómeno internacional del último tercio del siglo XIX, y la fuente más importante de los cambios en las fronteras interiores de Europa a lo largo de todo el siglo XX. Su presencia acrecentó la competitividad imperialista y forzó la redistribución colonial de finales del siglo XIX. Por otra parte, las consecuencias de los logros de Bismarck desde el punto de vista diplomático afectarían muy pronto a España en el terreno colonial. Es bien conocido que en la conferencia de Berlín de 1885 se llegó, en los términos más amistosos, a un acuerdo para el reparto del mundo, muy especialmente de África, y que la anfitriona Alemania, pero también Italia, que igualmente había llegado tarde a la expansión colonial, consiguieron importantes territorios en aquel reparto. Aprovechando esta favorable coyuntura diplomática internacional (tal vez valorando la enfermedad y posterior muerte de Alfonso XII y la posible debilidad política subsiguiente), los alemanes se apoderaron de las Carolinas, precisamente en 1885. Lo que España despreciaba, poco más que unos islotes subexplotados que hasta aquel momento casi ningún español hubiera sabido situar en el mapa, era ansiado por otras potencias, que sabían obtener “riqueza de las rocas”, en expresión de algún comentarista de la época, debido a su situación estratégica y su capacidad para ser enclaves de abastecimiento.

El incidente provocó, sin embargo, una explosión de nacionalismo o de orgullo nacional herido, que se manifestó en una oleada de indignación en la opinión pública española, de protestas populares y de una serie de gestiones diplomáticas que, finalmente, contribuyeron a que Alemania desistiese de su actitud y reconociese la soberanía española en las Islas. La mediación del Papa León XIII, ante la presión internacional, especialmente de Inglaterra, que observaba con recelo cualquier progreso de la potencia alemana, resolvió la cuestión, ratificando la soberanía española en las islas, aunque se concedieron permisos a los buques alemanes.

Muchos españoles vieron entonces el grave peligro que corrían las posesiones españolas en Ultramar. Sólo la fuerza podía respaldar el poder efectivo de los imperios ultramarinos,... o la imaginación. Nos referimos a la que podía haber sido la solución para

prolongar el imperio español durante mucho más tiempo: el invento del submarino del ingeniero militar Isaac Peral, proyecto revitalizado con el incidente de las Carolinas.

Las frases de Isaac Peral en el diario *El Imparcial* sobre el avance de sus experimentos están llenas de una gran esperanza en el futuro colonial español:

“Si el triunfo es definitivo, España habrá ganado en el concierto universal y en la conciencia europea mucho más que en diez siglos de trámites diplomáticos. Media docena de submarinos defenderán las costas de la península y las de nuestras colonias, y las prestigiosas marinas hundidas en el mar serán luminosas constelaciones de nuestra gloria” (*El Imparcial*, 14 de diciembre de 1888).

Pero la confianza de las autoridades en la imaginación y las iniciativas de las mentes creativas de un nutrido grupo de científicos e inventores era muy limitada, como lo muestra la desconsoladora historia de las trabas administrativas y burocráticas que encontró el proyecto Peral. La falta de previsión, una vez más, sería el principal defecto nacional que conduciría rápidamente al *Desastre* del 98. La derrota fue contundente y muy lógico que el orgullo nacional se sintiera herido. Por lo menos, a partir de aquellos acontecimientos surgió una reflexión colectiva muy fructífera para la mentalidad de la vieja España, anclada en sus rancias glorias imperiales. En aquel momento de fin de siglo, la obsesiva neutralidad española dejó al país abandonado ante el ataque de una potencia que habría de arrebatar la hegemonía a Europa y que a lo largo del siglo XX iba a apoderarse del mundo: los Estados Unidos de América. Pero a pesar de que también Inglaterra tuvo que abandonar posiciones en el continente americano (como ya hemos dicho a propósito del incidente en la Guayana), cumpliéndose el lema que el presidente Grant había emitido en la primera mitad del siglo XIX (“América para los americanos”), los europeos no aprendieron en la cabeza ajena que representaba entonces la maltrecha España. El siglo XX asistirá no sólo a que toda América sea de los estadounidenses, sino casi todo el mundo, por la vía de un nuevo tipo de imperialismo.

Las tensiones previas a la doble guerra mundial

Pero aquel aviso de la potencia norteamericana no era lo que preocupaba a los Estados europeos, que se sentían invencibles en el mundo, sólo cuestionados por otras naciones europeas con las que pronto estallarían las hostilidades directas y que habrían de llevar a la pérdida de su hegemonía mundial en beneficio de los Estados Unidos.

Primero fue la carrera de armamentos a la que obligó la paz armada y la política de bloques en la que desembocaron los complejos sistemas de alianzas bismarckianas. Mientras dialogaban apaciblemente sus embajadores en las ceremonias más distinguidas, mientras se mostraban los máximos respetos en las notas oficiales (pues desde la guerra franco-prusiana ya se conocían los terribles efectos que un simple telegrama ofensivo podía causar), mientras los burgueses y altos funcionarios veraneaban en balnearios donde la

cosmopolita Europa de la época podía hacer recuento de sus glorias, e incluso mientras los movimientos obreros, ahora revitalizados por los partidos socialistas, hablaban el lenguaje de la internacionalidad, en esos mismos momentos se agitaban los cuerpos de guardia, se aceleraba la producción de acorazados, de submarinos, de cañones, que tendían a ser superados por la potencia vecina casi nada más aparecer. La segunda revolución industrial, con lo que suponía de aumento vertiginoso de la producción, del uso de los nuevos sistemas de energía (petróleo y electricidad), de las innovaciones científicas y técnicas, estaba al servicio de la guerra que, pocos se engañaban, todos estaban preparando. El lema latino *si vis pacem para bellum*, si quieres la paz prepara la guerra, no sirvió en este caso ni desde entonces. La meticulosa preparación fue una de sus causas más evidentes de la guerra.

Los pequeños conflictos se multiplicaban, en la lejana China o en el cercano Marruecos. Pero fue el avispero balcánico el que detonó la situación. El asesinato de los herederos al Imperio Austro-húngaro en Sarajevo, la petición de Austria a Serbia de una investigación, el apoyo ruso al nacionalismo serbio, el respaldo alemán a Austria, las declaraciones de guerra de Francia apoyando las pretensiones rusas, la entrada de Inglaterra en favor de Francia... La diabólica maquinaria de alianzas se había puesto en juego y cayeron, como piezas de dominó, haciendo imposible la paz.

En dos días, el Partido Socialista Francés pasó de denigrar la guerra a votar en el parlamento poderes excepcionales y un presupuesto especial a su gobierno, y lo mismo hicieron todos los que hasta el día anterior habían clamado por la paz. La locura se apoderó de los europeos: unos contra otros, olvidaron que en el conflicto todos iban a ser perjudicados. La neutralidad, en este caso, benefició a España, que sin embargo no supo aprovechar al máximo su situación desde el punto de vista económico, pues no repartió convenientemente la riqueza que de la noche a la mañana le llegó de la demanda transpirenaica, y cuando la guerra terminó, sólo había servido para el enriquecimiento de algunos burgueses, que emplearon los beneficios en construirse sus bonitos palacios modernistas, mientras los precios elevados asfixiaban a la clase trabajadora, cuyo posible aumento de rentas (a lo que los empresarios no estuvieron dispuestos) podía haber salvado el mercado interior al terminar el conflicto y desaparecer la demanda exterior.

La Gran Guerra, como se conoció a la Primera Guerra Mundial, fue el primer golpe a la hegemonía mundial de Europa, y la Segunda, que comparte causas y protagonistas con la Primera, aunque su capacidad mortífera y destructiva fue mucho mayor, fue el golpe definitivo. El nacionalismo se relanzó en el período de entreguerras, con un trasfondo de crisis económica importante, y llegó al paroxismo en plena segunda guerra mundial. Sería demasiado parcial atribuir a la irrupción y al ascenso de Alemania la responsabilidad de este desequilibrio que condujo a las guerras. La falta de diálogo y de cooperación entre los países europeos sí podríamos considerarla hoy, con mucha más perspectiva, el origen de aquella doble contienda. Junto con los emigrantes europeos que se vieron obligados a buscar en América su supervivencia, el centro militar, político, económico, tecnológico, científico, artístico y cultural cruzó el Atlántico y allí permanece desde entonces.

La pérdida de la hegemonía europea ¿El fin del eurocentrismo?

Los europeos no concebían el mundo de otra manera sino en su calidad de superiores a otros pueblos. Actualmente podríamos seguir diciendo lo mismo, por desgracia, de la mentalidad occidental, en sentido amplio. No obstante, hoy día, al constatar el desarrollo económico de algunas regiones del planeta, se plantea la posibilidad no sólo de que la civilización occidental ceda el terreno frente a otra, sino incluso que desaparezca: al fin y al cabo todo es mortal, y hasta los imperios mejor asentados tienen su comienzo y tendrán su fin. Henry Kamen recoge la idea de que al hablar de los imperios parece que tenemos la necesidad psicológica de pensar en su desaparición (Kamen: “La caída del imperio americano”. *El Mundo*, 16-XII-2002). Pero en el caso del imperio occidental, cuando se formula su futura caída se hace más en términos amenazantes (¡China!), más como una catástrofe (agotamiento de los recursos, hecatombe ecológica) que como una liberación.

Lo más fácil sería lanzar una crítica a Europa por lo que hizo en el siglo XIX con el resto de las sociedades del planeta, pero lo cierto es que ni Europa ni el mundo occidental han tenido ni tienen el monopolio de la maldad. Muchas masacres se cometen desde el sur, para el sur y por los propios ciudadanos del sur, no siempre instigados por Occidente y sus intereses. Además, muchos habitantes del tercer mundo, los que comienzan a gozar de algunas de las ventajas del progreso técnico o de los avances sociales, reconocen que Europa liberó a muchos de estos países, o al menos a un determinado grupo de población, de los fanatismos, irracionalidades, estructuras sociales y mentales cerradas, alienantes o arcaicas. La libertad posible, con todos los peros que se quieran, fue llevada a estas regiones del globo de la mano de los europeos. Y aunque no se haya conseguido en muchas otras zonas, al menos puede concebirse, con lo cual el papel de Europa fue, en parte al menos, el de llevar sueños a esos países extraeuropeos. ¿Qué hubiera pasado si esas culturas se hubieran desarrollado hasta hoy día sin la influencia de Europa? La realidad fue que Europa no permitió el aislamiento, y no sabremos qué evoluciones hubieran tenido lugar si es que tiene sentido plantearse; lo cierto es que las naciones europeas impusieron un camino al mundo con férreas riendas que después fueron tomadas por los Estados Unidos, aliándose a su amigo natural, Europa, para continuar con sus imposiciones culturales, económicas y sociales.

Al sobrevenir la descolonización europea del Tercer Mundo se han producido fructíferas reflexiones sobre el papel de Europa en la Historia contemporánea, como sucede siempre que cae un imperio. Desde responsabilizar al continente de los grandes males que acucian a las sociedades subdesarrolladas, e incluso hacer responsable único a Europa de las calamidades unidas al subdesarrollo, el comercio desigual, la agobiante deuda, el hambre incluso, hasta la perspectiva contraria (representada por Friedman en el terreno económico y, en otra dimensión más atenuada por Galbraith) que a veces se denomina teoría del juego de suma cero, es decir, que los beneficios que obtuvo Europa pueden compensarse con las pérdidas, y lo mismo si observamos el fenómeno colonial desde la periferia: pérdidas menos beneficios igual a cero. Dejando a un lado lo que de reduccionista y pretendidamente desculpabilizador puede tener esta última perspectiva, lo cierto es que

nada se gana con la búsqueda de culpables simplemente, si no se aprende en qué consistió el juego depredador, y sobre todo si no se cambian las tendencias actualmente vigentes y que pueden originar futuros problemas tanto a la periferia como al centro que pretendida, pero tal vez equivocadamente, busca su beneficio imponiendo medidas en todos los terrenos de la actividad humana.

Para tener un enfoque correcto de este asunto, es necesario plantear el daño que para la misma Europa (y para Occidente) ha supuesto y supone la existencia de este sentimiento de superioridad. El infantilismo subyacente a pensar que poseemos el monopolio de la verdad nos retrasa en nuestra evolución. Más tarde o más temprano, y cuanto más tarde de forma más traumática, Europa ha de perder ese convencimiento ingenuo de que sólo en ella está la civilización y fuera de ella las tinieblas exteriores. Son viejos fantasmas del pasado los que impiden hacernos verdaderos ciudadanos del mundo. Una colega me aseguró que comprendió el consumismo norteamericano cuando vio en el aeropuerto de J.F. Kennedy las fotografías de los hambrientos inmigrantes de principios del siglo XX que llegaron a los Estados Unidos desde Europa después de la terrible travesía naval del Atlántico. Muchos debieron jurar, como la protagonista de *Lo que el viento se llevó*, que jamás volverían a pasar hambre, y así lo inculcaron a sus hijos y sus nietos. Y su forma de espantar ese fantasma, su manera de reafirmarse frente a aquel pasado lleno de dolor y estrecheces, es teniendo los coches más grandes, el pavo más grande el día de acción de gracias y el edificio más grande, infantilismo que incluso a los europeos, que vamos entrando por el mismo camino, nos llama la atención.

España en Europa

Sería difícil precisar en qué momento estamos hoy día en España (inclúyase Portugal, Grecia, el sur de Italia y tal vez Irlanda). Las cosas estaban más claras para los españoles de hace treinta o cuarenta años. Por entonces era casi un lugar común considerar que los turistas extranjeros y sobre todo los americanos eran personas simples a los que se les podía fácilmente engañar y timar. Una novela de Sender, *La tesis de Nancy*, nos hacía reír al ver lo poco que entendía de nosotros aquella americana que pretendía hacer una tesis doctoral sobre Andalucía. Sin embargo, en nuestro fuero interno reconocíamos esa superioridad de Europa, y mirábamos con envidia sus costumbres y gustos que pretendíamos imitar, su altura, su elegante estilo. A través de las películas y la música americana hemos ido asimilando lo que llegaría a escandalizar a un español de la época, pues en los chistes, por ejemplo, quedaba clara una superioridad española *sui generis*. En un tipo de estos chistes, el que compara los diferentes países, los ingleses o alemanes tenían sistemáticamente mejor tecnología y otros logros modernos, mientras los españoles eran más pícaros (verdadero genio nacional ése de la picaresca), más vividores y más viscerales.

Perdóneseme que descienda tanto a lo pequeño y anecdótico, pues se trata de hacer un breve ejercicio de memoria porque hoy parece que se nos ha subido Europa un poco a la cabeza, como si eso de ser un país con hambre, emigración, en vías de desarrollo o emergente se hubiera borrado si no de nuestra memoria individual, que es hasta lógico, sí de

la memoria de las familias, de los barrios, de los sindicatos, las asociaciones, los pueblos y ciudades. Esta pérdida de memoria histórica ha roto los puentes que nos unían al resto del mundo, nos ha incomunicado profundamente con las tres cuartas partes del planeta, esos países pobres, designados con el eufemismo que queramos. Hoy en Turquía, en Cuba o en Tailandia me atrevo a pensar que se nos ve como nosotros veíamos a los estadounidenses: como unos tipos ricos fáciles de engañar, ingenuos con la ingenuidad que nace de la seguridad (habría que ver) de tu dinero y de vivir en un país rico.

Nos hemos visto contagiados, en un tiempo récord, por el sentimiento de superioridad que siempre han tenido los occidentales. Nos lo recuerdan todos los días en el *Telediario* cuando nos hablan de lo mal que está el mundo. Y los sucesos, que son las noticias habituales que diferencian un día de otro, yo los veo exentos, a la hora de presentarlos, de la autocrítica social necesaria para que las cosas mejoren. Puro sensacionalismo y nada más. Convictos y confesos de europeísmo, somos más europeístas hoy al sur de los Pirineos que al norte, y es que allí dos guerras mundiales, una descolonización que todavía sigue creando problemas dentro y sobre todo fuera de Europa, las correspondientes crisis económicas y una cultura del individualismo que conduce a los individuos a la soledad y la frustración, todo ello hace que la presunta superioridad occidental quede en entredicho en las mentes de los ciudadanos europeos de toda la vida, y que la moderación impere en su entusiasmo europeísta y en su fervor imperialista, aunque sólo sea en el terreno cultural.

Y al fin y al cabo, el europeísmo (hoy diríamos la globalización) nos puede sacar de un callejón sin salida, como ya dijo Unamuno en 1895 en su obra *En torno al casticismo*: España sólo podrá regenerarse cuando se vea invadida por los vientos o ventarrones europeos, pues el españolismo más recalitrante, versión carpetovetónica del eurocentrismo menos presentable, vuelve a resurgir a la menor oportunidad con sus “como aquí no se vive en ninguna parte”, “el mejor clima o la mejor dieta del mundo” y otras frases ignorantes del mismo tipo.

BIBLIOGRAFÍA

Amin, Samir (1994): *El fracaso del desarrollo en África y en el tercer mundo: un análisis político*. Madrid, IEPALA.

Aróstegui, Julio (1991): *La Europa de los imperialismos*. Madrid, Anaya.

Arroyo, Fernando (1984): *Subdesarrollo y tercer mundo*. Madrid, Cincel.

Bessis, Sophie (2002): *Occidente y los otros. Historia de una supremacía*. Madrid, Alianza.

Colorado, Arturo (1991): *Imperialismo y colonialismo*. Madrid, Anaya.

La Europa expansiva e imperial

Chamberlain, M. (1997): *La descolonización. La caída de los imperios europeos*. Barcelona, Ariel.

Eudes, Y. (1984): *La colonización de las conciencias: Las centrales USA de exportación cultural*. Barcelona, Gustavo Gili.

Fieldhouse, David K. (1990): *Economía e imperio. La expansión de Europa 1830-1914*. Madrid, Siglo XXI.

Foner, Philip S. (1975): *La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano 1895-1902*. Torrejón de Ardoz (Madrid), Akal.

Headrick, Daniel R. (1989): *Los instrumentos del Imperio: tecnología e imperialismo europeo en el siglo XIX*. Madrid, Alianza.

Hobson, J.A. (1980): *Estudio del imperialismo*. Madrid, Alianza.

Jaldún, Ibn / Lacoste, Yves (1971): *El nacimiento del tercer mundo*. Barcelona, Península.

Lenin, Vladimir Ilyich (1976): *Textos sobre el imperialismo*. Madrid, Castellote.

Martínez Carreras, José U. (1987): *Historia de la descolonización (1919-1986): 2 - Las independencias de Asia y África*. Madrid, Istmo.

Miège, Jean-Louis (1980): *La expansión europea y descolonización: de 1870 a nuestros días*. Barcelona, Labor.

Mommsen, Wolfgang J. (1987): *La época del imperialismo*. Madrid, Siglo XXI.

Pastor, Ana (1989): *La descolonización, el tercer mundo*. Madrid, Akal.

Pertierra de Rojas, José Fernando (1995): *La expansión imperialista en el siglo XIX*. Madrid, Akal.

Reynolds, Lloyd G.(1989): *El crecimiento económico en el tercer mundo*. Madrid, Alianza.

Righter, Rosemary (1981): *El control de la información: política, prensa y tercer mundo*. Madrid, Pirámide.

Ruiz García, Enrique (1972): *La descolonización de la cultura*. Barcelona, Planeta.

Said, Edward W. (1996): *Cultura e imperio*. Barcelona, Anagrama.

Schumpeter, Joseph A. (1986): *Imperialismo, clases sociales*. Madrid, Tecnos.

Smith, Tony (1984): *Los modelos del imperialismo. Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815*. México, Fondo de Cultura Económica.

Vidal Villa, J.M. (1976): *Teorías del imperialismo*. Barcelona, Anagrama.

TEXTOS

Las razones de la colonización

La colonización es la fuerza expansiva de un pueblo, es su potencia de reproducción, es su dilatación y su multiplicación a través del espacio; es la sumisión del universo o de una gran parte de él a su lengua, a sus costumbres, a sus ideas y a sus leyes. Un pueblo que coloniza es un pueblo que pone las bases de su grandeza futura. Todas las fuerzas vivas de la nación colonizadora se ven acrecentadas por este desbordamiento hacia fuera de esta desbordante actividad. Desde el punto de vista material, el número de los individuos que forman la raza aumenta en una proporción sin límites; la cantidad de recursos nuevos, de nuevos productos, de equivalentes de cambio hasta ahora desconocidos que demandan la intervención de la industria metropolitana, es inconmensurable; el campo que se abre a los capitales de las metrópolis y el dominio explotable que se ofrece a la actividad de sus ciudadanos son infinitos. Desde el punto de vista moral e intelectuales, este acrecimiento del número de las fuerzas y de las inteligencias humanas, estas condiciones diversas en las que todas estas inteligencias se encuentran situadas, modifican y diversifican la producción intelectual. ¿Quién podrá negar que la literatura, las artes y las ciencias de una raza determinada, al ser amplificadas de este modo, adquieren una pujanza que no se encuentra en otros pueblos, de naturaleza más pasiva y sedentaria?

Sea cual fuere el punto de vista en que nos situemos, siempre nos encontraremos con una verdad incontestable: el pueblo que coloniza más, es el primer pueblo; y si no lo es hoy, ya lo será mañana.

P. Leroy-Beaulieu: *De la colonisation chez les peuples modernes*. París, 1870.

La crisis de las naciones periféricas

China no se da cuenta de que su civilización es vieja, inservible para luchar con la del mundo occidental; se cree (y ésta es, al menos, la opinión de la inmensa mayoría de sus habitantes) todavía la reina de las naciones, el Imperio Central, el centro de la sabiduría y de la ciencia. Ésta es una opinión que se ha sabido inculcar al conjunto de su población, la que sólo tiene menosprecio para “los diablos de Occidente”. En cuanto a los mandarines, por lo menos los que tienen la mente abierta, es preciso dividirlos en tres categorías: los que tienen horror a las innovaciones y que de buena fe consideran todo perdido si se cambia algo del estado de cosas establecido por los antiguos; los que temen, en su interés personal, las innovaciones diabólicas de Occidente (telégrafos, ferrocarriles..), y, en fin,

los muy escasos que comprenden la inferioridad de la mayor parte de las instituciones de China, su aislamiento y su debilidad.

J., Challey: "La Chine" en *L'Economiste français*, 7 de enero de 1888.

El carácter del expansionismo alemán, según Bismarck

Alemania no se propone imitar la política francesa, sino sólo apoyar y proteger a sus comerciantes. No sería político por nuestra parte ocupar territorios en los que no tenemos interés alguno para ofrecer un estímulo ficticio a la emigración alemana.

No tenemos funcionarios suficientemente experimentados como para establecer un sistema colonial de este género. Obrar así nos costaría demasiado caro y sería una molesta carga para nuestras fuerzas navales. Creo que el deber del Imperio alemán estriba en extender su protección a las empresas lejanas fundadas por súbditos del Imperio y no sólo a sus factorías, sino también a los territorios que puedan adquirir. Me opongo absolutamente a la creación de colonias según un plan que considero negativo y que consiste en adquirir un territorio y colocar en él a una guarnición y funcionarios y luego invitar a las gentes a que vayan a vivir en él. No careo que se puedan crear colonias artificialmente. Mi intención, conforme a la de S.M. el Emperador, es dejar la responsabilidad total de la fundación y desarrollo de la colonia a la actividad y al espíritu de empresa de nuestros conciudadanos que van a comerciar allende los mares.

Otto von Bismarck ante el parlamento alemán, 26 de junio de 1884.